

Habla el Inmigrante

Angel Rama

Caracas, 7 de diciembre de 1977
Dr. Oscar Palacios Herrera
Diario "El Nacional"

(Cerrada por el Papel Literario la discusión, veo que ni, no diré oponente, sino perseguidor, ha solicitado y obtenido su reapertura, ahora en la página de arte. Retirándome a los reales y embozados problemas que puedan interesar a los lectores generales del periódico, contesto por última vez y aseguro que no dire palabra cuando el perseguidor reaparezca en la página de muñequitos o en el Suplemento de Sears Roebuck).

Señor Director:

No vengo a hablar en mi condición de escritor o de hombre de ideas socialistas, sino desde esa condición que comparto en Venezuela con casi un millón de hombres: habla aquí el inmigrante. No sólo me autoriza mi propia situación de inmigrante en Venezuela, sino que soy hijo de padre y madre inmigrantes, campesinos españoles ambos y gallegos a más honra, quienes para siempre me hicieron dueño de la emocionante tierra en que nacieron y de esa lengua que me ha permitido no ser un extraño entre lusitanos y brasileños. Soy, pues, como decía Darío, "español de América y americano de España" y puedo dirigirme a mi padre, como en el precioso poema de Vicente Gerbasi: "Dejaste en mi existencia la nostalgia del mundo".

Pero además vengo de un pequeño país que fue modelo de convivencia democrática, el Uruguay, país aluvional como todos los suratlánticos, y en el barrio proletario de mi infancia mis compañeros eran hijos de italianos, libaneses, armenios, centroeuropeos, portugueses, aunque todos éramos uruguayos, sin más, desafiando juntos en el colegio el mismo himno nacional. De ahí procede el sabor secreto con que degusto las novelas de Pratolini o Sholem Aleijem, el cantar por soleares y la misma zarzuela, esas damas que en ciertos barrios de Caracas reviven a la tarde el Trastevere romano. Más tarde conocí la otra Inmigración interna, la de América Latina, donde cambiamos con más frecuencia de países que de zapatos, al encontrar entre mis alumnos a venezolanos huidos de la tiranía de Pérez Jiménez, a argentinos huidos del peronismo o del antiperonismo, a paraguayos arrojados de siempre por Stroessner. En la hospitalaria tierra venezolana encontré la misma variedad, sólo que ahora eran colombianos, dominicanos, nicaraguenses, cubanos, argentinos y chilenos otra vez.

Puedo por eso comprender bien los problemas que vive hoy la sociedad venezolana que en los últimos treinta años ha recibido la inmigración masiva que conoció el sur hacia 1900 y los Estados Unidos desde mediados del XIX hasta nuestros días. Sé de las asperezas de ese proceso: las vivieron mis padres y aun países enteros y volveríamos a la política del avestruz si pretendiéramos ignorarlo o archivarlo con una frase convencional.

Puedo comprender la aprensión por la posible pérdida de la tradición nacional aunque sé bien, por los ejemplos conocidos, que nunca ella se perdió sino que, al contrario, resultó enriquecida. La primera generación inmigrante vive, como aquel indiano que contaba Carpentier, entre dos mundos pero sin poder ya volver atrás, y la segunda se incorpora de lleno al cauce nacional, contribuye a él, le confiere sus valores y capacidades. Puedo prever los conflictos de esta fructífera integración y aun las peleas, pero hasta éstas son fecundas: también sirven para que los hombres se conozcan y después de los puñetazos concluirán respetándose y trabajando juntos. Digo, aquellos hombres honrados y de buena voluntad, no los que medran del conflicto con verbalismo ignorante y son, no empuje su nacimiento, antinacionales.

Los inmigrantes carecen de las tradiciones del país, de sus usos, de su manejo de la lengua, de la red de vínculos y herencias que están fuerte en Venezuela. Sólo tienen su trabajo, que es lo que ofrecen, pero si algo debe evitarse es reducirlos a esa condición, dejándolos al margen. Al contrario, deben ser integrados al cuerpo social con el pensamiento puesto en el futuro del país. Si sobre algo he insistido ha sido sobre la necesidad, en esta hora, de acrecentar el conocimiento de la historia y la cultura del país, aunque no la ornamental y folklórica, sino la viva, rica, abierta, que comunica con el mundo, e incorporar a ella a todos los que llegan. Sólo si pueden sentirse dueños del pasado y presente venezolanos, activos contribuyentes al bri-

llo y esplendor de una cultura, como a la revisión crítica de sus aportaciones, podrán salir del ghetto laboral o de los círculos de residentes extranjeros, para fundirse en la venezolanidad y ser partícipes de su renovada construcción. En la cual habrán de contar también los valores culturales que aportan, del mismo modo que Caracas es hoy un mosaico de culturas regionales de Venezuela.

Dentro de tal visión global es secundario el asunto de los derechos políticos, aunque es obvio que los doscientos mil naturalizados, muchos con décadas en el país, no pueden ser relegados ni, como insólitamente está ocurriendo, ser entregados como un rebaño cautivo a las garras de un solo partido. Pero sé que siempre ha sido el tiempo (tanto vale decir el mutuo conocimiento) el que ha traído las soluciones, pues los pueblos deben realizar íntegramente su experiencia de los contactos culturales, sin ser forzados, y los inmigrantes pueden confiar en los rasgos históricos venezolanos: su generosidad, su peculiar fineza para apreciar la humanidad, su altivez y su jocosidad, su sentimiento democrático. Como todos los pueblos democráticos, los venezolanos nos ejercen sin cesar el espíritu crítico, sobre las instituciones, el gobierno, los literatos, el tránsito de la capital, y cuando no perciban molestia al oír a los inmigrantes ejercer el mismo espíritu crítico para situaciones que también ellos viven y sufren, podrá decirse que se ha abierto el canal integrador. Tiempo al tiempo y mutua confianza. Pero nada se avanzará si los dirigentes (políticos e intelectuales) no asumen su responsabilidad de educadores y se deciden a proponer activamente esta integración, tarea en la cual, no hay por qué decirlo, cabe papel protagonista al pensamiento "universalista" de las llamadas izquierdas, que en todas partes fueron las iniciadoras de la "política de mano tendida".

Para eso se ha contado con los intelectuales verdaderos y es parte del respeto que merecen sus dones. En lo ácido del conflicto en el río de La Plata de 1902, cuando los "tanos" eran la obsesión de los "criollos" un melencoloso anarquista nacional, Florencio Sánchez, escribió su drama *La gringa*, planteando con decisión el conflicto en torno a ese "ombú" que el italiano pretendía talar para ampliar su siembra y el paisano viejo defendía con su vida, descubriendo que entre el hijo de éste y "la gringa" ya estaba en curso la futura reconciliación. En la misma fecha, ante situación más conflictiva (las colonias alemanas de los estados sureños del Brasil) Graca Aranha escribió su novela *Canaan* para soñar un asunto impensable entonces pero que la historia corroboró: la grandeza de la futura cultura brasileña que harán negros, portugueses, alemanes, japoneses y tantos más. Un cuarto de siglo antes, en esos Estados Unidos donde Chicago era una ciudad íntegramente alemana y polaca y se rechazaba abiertamente a los chinos de California, Mark Twain escribió su admirable historia del niño chino, que es parte de su gloria. Dentro de esta galería me complace poner (noblezas todas) el nombre de un venezolano que ha defendido esa reconciliación activamente: Juan Liscaño.

A esta mano tendida respondieron los inmigrantes enriqueciendo con sus sabores peculiares a las culturas a que se integraban. En ese mismo sur sur el gallego Alonso y Trelles escribiendo el breviario de los advitas, *Paja brava*, o Gerchunoff contando de los maravillosos "gauchos judíos", o los "tanos" Vaccarezza, Discepolo, Defilippas, creando un género literario entero, "los santos y grotescos" teatrales. Y aquí mismo, ¿acaso la obra de Zitman, de Gego, de Richter, de Tella Tofano, no pertenece íntegramente a la cultura venezolana y al arte universal?

Por todo esto, señor director, tengo confianza en el futuro y soy optimista, por malos que sean los aires que soplan. Confío que los inmigrantes se incorporarán a la cultura nacional, creativa y críticamente, tal como con tanto brillo lo hicieron los "transerrados" españoles que sean reconocidos como venezolanos sin más, en la magna tarea integradora de las culturas que es la batalla latinoamericana por la supervivencia.

Para todo lo demás, el verso de Darío: "Pisé una piedra que lanzó una honda/ pisó una flecha que aguzó un violento./ La piedra de la honda fue la honda/ y la flecha del odio fue el viento".

Sinceramente suyo,
Angel Rama